

á este trabajo único á la transustanciación por formas y organismos del aire y de la tierra. ¡Ah! millones de siglos han pasado desde que las aguas, desprendidas de espesa atmósfera, se extendían sobre la tierra solitaria, y ensayaban en especies gelatinosas los primeros borradores de la vida animal, la rudimentaria forma primitiva, cristalización del organismo, hasta que apareció el sér de los séres, el que da por la ciencia idea de sí mismo al universo, y por la religión intercede en divino sacerdocio entre el Creador y la criatura, elevándose por el progreso y la perfección de su organismo desde el espeso sueño de la materia á recibir en su frente alzada á los cielos el resplandor celeste del increado pensamiento. Y este árbol del organismo, este árbol, cuyas primeras raíces son los fósiles perdidos en las entrañas del planeta, y cuyo fruto último es el cerebro humano cargado de ideas, es continua y progresiva sucesión de formas. Una mera forma separa el monstruoso ídolo indio, encerrado en la pagoda oriental, de la Venus de Milo, casta, hermosísima diosa, en cuyos labios sonríe la naturaleza entera, en cuyos ojos centellea el ideal, en cuyo seno se encierran generaciones de poetas, de artista; y estas dos formas, engendro la primera del panteísmo materialista, hija divina la segunda de la individualidad griega, señalan á todos los siglos y á todas las generaciones la transfiguración cuasi divina del humano espíritu.

Las ideas de forma son á la política tan esenciales como el número, como la línea á las matemáticas, como el tiempo, el espacio, la fuerza y la magnitud á la astronomía. Si es indiferente la república ó la monarquía; si es indiferente que el jefe del poder supremo sea designado por el pueblo ó transmitido por la herencia, también será indiferente que el ayuntamiento sea elegido por los ciudadanos ó por el gobernador de la provincia; que las Cámaras sean elegidas por los electores ó por los monarcas; que los tribunales sean colegiados ó de un sólo juez, amovibles ó inamovibles, compuestos de jueces de derecho ó compuestos de jurados populares; y de indiferencia en indiferencia llegarían á sernos indiferentes también la libertad y la justicia. La República es todo un organismo político, todo un organismo social, todo un organismo del derecho, y por lo mismo la República es una nueva substancia, una nueva vida. Desconocerlo es desconocer también los rudimentos de la ciencia política. No lo desconocería ciertamente Humboldt cuando guardó con tanto celo el manuscrito de su *Ensayo sobre los límites del Estado*, el cual no apareció hasta quince años después de su muerte. Sin duda temió disgustar á sus amigos, los reyes, que hubieran sacado con lógica más implacable la consecuencia más inmediata de sus principios, á saber, que esa libertad natural tan grande, y ese Estado tan reducido á respetarla, no pueden existir, como he dicho antes, sino en el seno de la República. Todas estas ideas, más ó menos perfectas, combatían el espíritu reaccionario de las escuelas históricas. Todo contribuía en este tiempo á engendrar la idea liberal y la conciencia de la libertad en Alemania. Sobre las tendencias de la escuela puramente histórica á justificar las instituciones

antiguas predominaban las tendencias de la escuela puramente filosófica á elevar el derecho natural en la conciencia, para que la conciencia trasformada lo encarnara en la realidad. Goethe, que á pesar de su indiferencia olímpica se interesaba vivamente por los problemas de su tiempo, criticó acerbamente la escuela histórica, y le opuso el pensamiento fundamental de la escuela filosófica en una de las escuelas más interesantes de su poema, en el diálogo de *El Estudiante y Mefistófeles*. «Las leyes y los derechos, decía el genio del mal en su acerba crítica al joven anheloso de ciencias, se suceden como eterna enfermedad; véseles pasar de generación en generación y arrastrarse de lugar en lugar; la razón se convierte en locura, la bondad en tormento. Eres hijo de tus padres, ¡desdichado! y del derecho que ha nacido contigo, nadie te hablará». Tenía razón el poeta, la humanidad no puede vivir solamente en la Historia.

Vano intento olvidar lo que ha sido el hombre; pero vano intento también impedir que las ideas nuevas se condensen rápidamente en grandes instituciones, y que la naturaleza recobre sus derechos. La filosofía crítica, la filosofía individualista, sin embargo, aislaba demasiado al hombre de su derecho personal. Una reacción de la naturaleza y de la sociedad contra este encastillamiento del hombre en sí, que era necesidad de aquel período histórico, pero no necesidad de todos los tiempos, pues tal carácter sólo está reservado á la verdad en sí; una reacción de la naturaleza debía venir contra la ciencia egoísta. El representante de esta reacción se llamó Jacobi. Filósofo y con estilo de poeta; literato inspirado en abstracciones filosóficas; protestante de sentimiento y racionalista de vocación; pensador casi asceta por sus inclinaciones naturales y comerciante por su estado social, devoto de todos los misterios de la fé, y obligado á todas las temeridades de la especulación; republicano por su cultura ginebrina, por su comercio con las ideas de Rousseau, y consejero de aquellos duques feudales de la vieja Alemania, Jacobi, que debía verse solicitado por fuerzas tan opuestas, era el filósofo destinado á reivindicar la ciencia de la realidad, elevando el sentimiento á la categoría de criterio. En su oposición á Fichte, á quien cree Mesías del idealismo, de que el gran Kant solamente es Bautista á sus ojos, juicio no confirmado por la posteridad, proclama la fé purísima en la inmediata conciencia. Así la filosofía especulativa, jamás sabrá nada de Dios, porque Dios es objeto de la fé, pero no objeto de la razón y de la ciencia. Toda filosofía tendrá que concentrarse en el pensamiento interno y reconocer el espíritu como sujeto y objeto á un tiempo de la ciencia. Pero sobre la filosofía está la verdad en sí, la verdad real, apartada de la ciencia interna, de la ciencia puramente especulativa. Nosotros no comprendemos sino lo que creamos. Si todo debe por la razón pura conocerse, todo en la razón pura existe. Esas cosas no son comprensibles hasta que se transforman en ideas y entran como ideas en la mente. El alma humana á sí misma no se comprende sino como mera noción. La filosofía trascendental ha demostrado la vanidad de la metafísica y ha prestado el servicio de volver la razón á

la fé, y de levantar sobre las sombras formadas por las ideas puras los continentes firmes y seguros de la realidad. Jacobi extremaba las ideas de Fichte y de Kant para combatir dos sistemas que, socialmente considerados, dieran altísima idea de su propia dignidad á nuestra conciencia. Pero si combatía dos sistemas de tendencias liberales, también aquél espinosísimo, en el cual se anegaban los individuos para ser meros atributos del sér único, primitivo, inmutable, que se revela en sus dos esenciales formas, la extensión y el pensamiento. Y al mismo tiempo combatía aquel sistema que Prondhon quiso más tarde justificar sutilmente en su *Tratado* de la paz y de la guerra, aquel sistema de despotismo asolador, que consideraba á los hombres entregados por la necesidad á lucha perpetua como las fieras en los bosques, y necesitados para vivir en paz de la férrea mano del déspota.

Y después de haber combatido estos sistemas contrarios á la libertad humana, asienta principios políticos que pueden ser alma de toda verdadera democracia. Es verdad que el estado histórico en que divulgó estos principios imbuyóle algunos errores. Era la segunda mitad del pasado siglo. Los Reyes, ensoberbecidos, habían llegado á fundar su autoridad absoluta sobre las ruinas mismas de la Iglesia que los consagrara y los nutriera en su cuna. La trágica escena de la disolución de los templarios se reproducía con la disolución de los jesuitas. Los monarcas aspiraban como los Césares antiguos á ser emperadores, generales, pontífices, á concentrar las fuerzas humanas y divinas en su orgullosa autoridad. El filósofo, apenado de este espectáculo, y presintiendo un despotismo que desarraigara hasta la libertad de la conciencia humana, se declara por los ultramontanos contra los regalistas, por los Papas contra los Reyes. Pero no tiene razón el filósofo en esta preferencia. La teocracia europea ha servido para iniciar la civilización moderna. La Iglesia fué la nodriza de nuestro espíritu. Mas, así que cumplió el destino transitorio de comenzar la educación de las sociedades modernas, debió desaparecer la Iglesia como autoridad política. El feudalismo militar será considerado como un progreso, como un adelanto verdadero sobre la teocracia, ¡Cuánto más no lo serán las modernas monarquías civiles! La teocracia tiraniza la voluntad, el pensamiento, la conciencia, el Estado, el hogar, y ni siquiera deja su tiranía en las puertas del sepulcro. Extraño es en verdad que no vean los hombres de más alta inteligencia los resultados de las transformaciones sociales. Los Reyes filosóficos del último siglo iban mal de su grado á ofrecer sus homenajes á la cuna de la libertad como los Reyes magos del Evangelio á la cuna del Salvador. Aparte de este error histórico, los principios de Jacobi, si bien tienen más carácter moral que político, son principios esencialmente liberales y aun republicanos. El instinto encuentra medio de mantener en paz las sociedades de los animales, dice: ¡y no encontrará medio la razón de mantener en paz la sociedad de los hombres! Hay que aliar el orden con la libertad. No existe la sociedad sin orden, pero tampoco existe el hombre sin libertad. El mundo debe

ser regido por la justicia impersonal é inviolable. El Estado no engendra el derecho, y debe reducirse á la función de procurar la seguridad social. La mecánica de la sociedad tiene sus fuerzas propias y sus leyes naturales como la mecánica del universo. No debe perturbarse esta mecánica natural de la sociedad con arbitrarias reglamentaciones de los gobiernos. Las leyes naturales consagran y las leyes arbitrarias limitan la libertad. La soberanía reside en la voluntad viva del pueblo. Aun para llevar los hombres á la virtud es nocivo el despotismo, porque la virtud deja de serlo desde que no es obra concienzuda del humano albedrío. La fuerza no debe ser más que negativa de las pasiones perturbadoras. El hombre entregado á su libertad conforma su vida y la vida social con la razón eterna.

Esfuerzos grandes empleó el filósofo del sentimiento, Jacobi, en producir formidable reacción contra la abstracta filosofía y el exagerado individualismo de Fichte. Pero el mayor esfuerzo y el mayor impulso debían venir de otro sabio, de Schelling. Éste era á un tiempo filósofo original, poeta inspirado, orador elocuentísimo. Su palabra, caldeada en ardiente fantasía, brillaba, como hierro enrojecido, ante su auditorio, deslumbrado á veces y á veces extático, pero siempre maravillado. La filosofía precedente á su filosofía semejábase á esas altas regiones de la atmósfera, desiertas, solitarias, donde el sonido se apaga por el enrarecimiento del aire, y el cuerpo humano suda sangre. Necesitaba el pensamiento descender á la realidad, tocar en la tierra, vivir del calor de la vida universal, encenderse en el éter, embriagarse, como los faunos antiguos, en los jugos de los campos, y volver á celebrar sus nupcias con la naturaleza. Una ciencia así algo tenía de poema; un filósofo así algo de profeta. La elocuencia clásica renació en su ardiente palabra. Sus labios parecían perfumados por la miel del Híbla, y acostumbrados á los coloquios platónicos en las academias del Ática. Aquel genio artístico que vagaba por los jardines de Florencia en los tiempos del Renacimiento, y que guiaba el cincel de los escultores y descomponía el color en las mágicas paletas; aquel vivificante genio animaba la elocuencia de este sacerdote, de este intérprete de la naturaleza. Era su tiempo un tiempo apropiado á la reacción hacia la vida real. Descomponían las retortas químicas en gases los elementos puros de Aristóteles; chispeaba la electricidad dócilmente en nuestras manos, que, animadas el recién descubierto galvanismo, pugnaban por prestar movimiento á la materia inerte, vida á los cuerpos muertos; y el fluido magnético; revelado en medio de maravillas, de fábulas y de encantos, traía al seno del Universo nueva magia; cual si el planeta fuese á florecer con más exuberante sustancia y á entrar en más espléndidos cielos. Entre estas revelaciones de la materia; un genio de tendencias místicas, de pensamientos platónicos, parecido á revelador oriental, gnóstico de aquellos que componían filtros para la conciencia con los residuos de todos los sistemas, con los fragmentos de todas las ideas, viene á elevar sobre la experiencia, sobre el análisis, sobre el raciocinio, sobre el criterio sistemático del críticis-

mo, la intuición semidivina, el criterio que se había creído sobrenatural, propio de los ángeles, pues solamente ellos pueden abrazar el sér en sí, y comprender la variedad infinita y riquísima de la vida en la absoluta unidad del universo. Todo conocimiento supone dos términos: el objeto conocido en sí, la representación del objeto en la inteligencia. El conocimiento, en general, es el conjunto de los términos de contacto entre las cosas inteligibles y el entendimiento humano. Las ciencias de observación investigan las leyes, lo que hay de más intelectual, fle más cercano al espíritu en la naturaleza. Así idealizan el universo. Las ciencias de indagación tienden á lo contrario, á exteriorizar las leyes interiores del espíritu, á objetizar el espíritu en la creación. Las ciencias metafísicas y las ciencias experimentales demuestran que las leyes del universo también son leyes de la conciencia, y las leyes de la conciencia leyes del universo. El sentido común jamás comprenderá que el mundo exterior salga del espíritu; el espíritu, á su vez, jamás se doblegará á reconocer qué procede del mundo exterior, que fluye de la naturaleza, como el río de la montaña, Mas hay un principio que contiene estos dos principios; el principio de lo absoluto. Hay una filosofía capaz de conciliar estos dos opuestos; la filosofía de la identidad. Lo absoluto encierra en sí el conocimiento y la existencia, lo subjetivo y lo objetivo, el alma y la naturaleza, lo real y lo ideal. La potencia de lo absoluto crea en lo real la materia con su gravitación, y en lo ideal la ciencia con sus principios; en lo real la luz y el movimiento; en lo ideal, la religión y la fe; en lo real, la vida con sus organismos, y en lo ideal, el arte con sus inspiraciones. Por su poder real, lo absoluto produce ese conjunto de séres sujetos y encadenados á la ley, ese conjunto que se llama Universo; y, por su poder ideal, lo absoluto produce ese otro conjunto de artes, de ciencias, de religiones, de Estados, que se llama Historia. Después de esfuerzos constantes, de combates nunca interrumpidos, de sucesivas elaboraciones, lo real produce aquel sér que compendia en sí todos los séres, la corona de la naturaleza, el hombre; y después de guerras, de conflictos, de trabajos titánicos, en que el eterno Prometeo, el genio humano, se levanta hasta el cielo y cae bajo sus cadenas, produce lo ideal aquel organismo superior que contiene en sí todos los organismos sociales, produce el Estado. Después de haber producido en la esfera de la realidad el hombre, en la idealidad el Estado, reconcéntrase lo absoluto en sí mismo, y llega á la conciencia de sí, por la razón, por la filosofía.

Lo absoluto es lo total. Cada sér contingente tiene una totalidad relativa. En el principio el éther era. Nada fuera del éther había. Todo estaba dentro del éther en potencia. Entonces resonó la palabra divina en los espacios infinitos. Y las moléculas surgieron. Una fuerza de expansión diseminó las moléculas en torbellinos, y otra fuerza de contracción las condensó en cuerpos. La materia brotó, y sujeta á condiciones diversas, revistió diferentes formas. Una fuerza de repulsión lanzaba los mundos lejos de su centro, y otra fuerza de atracción los llamaba al centro. Sin atracción el mundo volvería á la nada, sin

repulsión al caos. Las fuerzas primitivas de la naturaleza son los fluidos, eléctrico, magnético, calórico, lumínico. Todos los fluidos llevan dentro de sí una oposición, una antítesis. Los cuatro fluidos son, después de todo, idénticos, manifestaciones varias, fuerzas diversas de un solo fluido. Pero la oposición es universal. El oxígeno es el gas de la vida, y el ácido carbónico el gas de la muerte. Hay esta contradicción en el aire como hay el fluido positivo y el fluido negativo en la electricidad. El gran trabajo de la mecánica celeste es mantener el equilibrio de los astros, el equilibrio entre la repulsión y la atracción; el gran trabajo de la tierra es mantener el equilibrio en la atmósfera; el equilibrio entre el oxígeno, el azoe, el ácido carbónico. A esto contribuyen variamente las tempestades y las lluvias; continuamente el mundo vegetal, ese gran laboratorio de gases. Los organismos se dividen á su vez en dos organismos opuestos por los sexos. La vida se esparce invisible en la inmensidad y se revela en el organismo, á la manera que el rocío, invisible en la atmósfera, se condensa en líquidos diamantes sobre las hojas del árbol, en el cáliz de la flor. El organismo está sometido á lo homogéneo y á lo heterogéneo, como á la creación continúa y á la continua destrucción el Cosmos. Pero la vida sube, sube, se etheriza y llega á la mente del hombre. La vida duerme en la piedra, sueña en el animal, se despierta y piensa en el espíritu. La unidad primitiva reaparece. Mas aquella unidad que era el éther informe en el espacio desierto, es en la plenitud de la vida el espíritu y su conciencia. Lo real se desarrolla en el Universo, lo ideal en la Historia. Estas dos esferas del desarrollo, de lo absoluto á primera vista son desemejantes. En el Universo imperan las fuerzas naturales, y en la Historia, las fuerzas humanas; en el Universo todo hecho se sujeta á leyes inevitable, y en la Historia, al contrario, todo hecho proviene de la voluntad: sucédense en el Universo las fases de la vida normalmente, los animales nacen y mueren; las plantas brotan, arraigan, crecen, fructifican; las estaciones se repiten á los mismos períodos; y en la Historia, por lo contrario, las ideas lucen y se apagan, las pasiones se desatan y se encauzan, los combates se empeñan y se resuelven, las instituciones nacen y mueren, las obras luminosas del arte, de la ciencia, del heroísmo, aparecen y desaparecen sin que ningún entendimiento pueda comprender la ley misteriosa de todos estos hechos, esparcidos á los cuatro puntos del horizonte por nuestro albedrío. El Universo es la región de la necesidad, y la Historia, al contrario, la Historia es la región de la libertad. Cada idea es un sol en su centro propio, mas pendiente de otro sol apartado, hacia el cual gravita, Dios: cada voluntad es soberana, pero sometida á leyes morales, cuyo cumplimiento no puede ser tan necesario por parte de los hombres, como es el cumplimiento de la ley natural en las cosas; mientras lo infinito se concentra en los séres, en los individuos, en lo finito, en lo concreto, dentro del Universo, dentro de la Historia, lo finito, lo limitado, el sér, el individuo, tiende á lo infinito, á lo absoluto, á lo Eterno; y así en todas las esferas de la vida se siente el universal anhelo por el supremo bien y la perfecta hermosura. Pero